

**María Luisa Maillard García**

Fundación María Zambrano  
mluisamaillard@telefonica.net

## *El exilio en Zambrano. Una vuelta de tuerca a la circunstancia orteguiana*

### Resumen

El concepto de exilio aparece actualmente como clave para comprender la dimensión esencial de la vida humana en la tierra, considerando al ser humano no solo como ciudadano, sino como hombre. Zambrano introduce sus reflexiones sobre el exilio en una larga tradición filosófica, como peculiaridad del hombre en el mundo, que se agudiza en Occidente desde finales del siglo XIX. Para ello la autora se basa en dos aspectos básicos de la razón vital de su maestro Ortega y Gasset: el concepto de indignidad y la metáfora del naufragio.

### Palabras clave

Ortega y Gasset, exilio, hombre, indignidad, naufragio.

### Abstract

The very concept of exile appears today to be the key to understanding the essential dimensions of man's life on earth, not only as a citizen, but as just man. Zambrano inserts her reflections about exile in a long philosophical tradition, as man's peculiarity in the world, made more acute since the end of the 19th century in the West. To do this, she bases herself on two basic formulations of the vital reason of her mentor Ortega y Gasset: the concept of poverty and the metaphor for shipwreck.

### Keywords

Ortega y Gasset, Exile, Man, Poverty, Shipwreck.

1. Arendt, H., *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 1963.

El concepto de exilio, ligado en la Modernidad a la existencia de la nación-Estado, como ya apuntó en 1951 Hannah Arendt en su libro *Los orígenes del totalitarismo*,<sup>1</sup> adscribe la vida natural –el mero hecho del nacimiento en una tierra– al ordenamiento jurídico político. Este concepto ancla sus raíces en la Constitución francesa de 1789, que diluye los derechos del hombre en los del ciudadano y que ya mostró su cara más oscura cuando, a raíz de alterarse el orden geopolítico de Europa debido a la primera guerra mundial, aparecieron el fascismo y el nazismo, dos movimientos biopolíticos en sentido propio. Hannah Arendt, en el libro ya mencionado, liga la decadencia de la nación-Estado con el fin de los derechos del hombre, tal como los entendió la Modernidad. A esta preclara

premonición se suma hoy en día el proceso creciente de globalización y la existencia masiva de refugiados que plantean nuevos retos, precisamente respecto a la unión de los derechos del hombre y los del ciudadano. La reflexión se impone y desde mediados del siglo xx el concepto de exilio comienza a abandonar el terreno estrictamente político, para volver a las aguas de la Filosofía, que, todo hay que decirlo, nunca abandonó del todo, aunque a veces de forma encubierta.

Es cierto que todavía el *Diccionario* de la Real Academia recoge este concepto de exilio: «Separación de una persona de la tierra en que vive. Expatriación, normalmente por motivos políticos»; pero, como señala Giorgio Agamben,<sup>2</sup> el problema de los refugiados, entre otros, un problema que incluye hoy en día a un número nada despreciable de la humanidad –unos cincuenta millones–, y cuya situación rompe la continuidad entre hombre y ciudadano, pone en crisis, en palabras del filósofo, «la ficción originaria de la soberanía moderna». Y continúa:

Es preciso separar netamente los conceptos de refugiado, exiliado, apátrida y tomar en serio la tesis de Hannah Arendt, quien ligaba la suerte de los derechos a la de la Nación-Estado, de modo que el ocaso de ésta supone el decaimiento de aquella. El refugiado y el exiliado deben considerarse como lo que son, es decir, ni más ni menos que un concepto límite que pone en crisis radical las categorías fundamentales de la Nación-Estado, desde el nexo del nacimiento-nación hasta el de hombre-ciudadano, [ligados ambos al del de] derechos humanos, y que por lo tanto permite despejar el camino hacia una renovación de categorías ya improrrogable, que cuestiona la misma adscripción de la vida al ordenamiento jurídico.<sup>3</sup>

En esta renovación de categorías, entramos ya de lleno en el terreno propio de la Filosofía y así Agamben recurre a Plotino, quien para caracterizar la forma de vida propia de los filósofos se sirve de una fórmula *phigé mónou orós monon*, que traduce como «exilio de uno solo hacia uno solo» y en donde la utilización de la palabra exilio se corresponde con el estatus del exilio en el mundo clásico, donde, más que una pena, o además de una pena, era un derecho o un refugio, en palabras de Cicerón. Siguiendo las tesis de Agamben, Plotino habría desarrollado una antigua tradición ya tratada por Sócrates y Platón como exilio del alma del mundo y del cuerpo hacia una elevación espiritual; tradición que, según el mismo autor, continúa Aristóteles, quien considera al inicio de su *Política* que «quien es apátrida por naturaleza y no por azar o es inferior a lo humano o superior a ello», traducción libre del texto de Aristóteles que según nuestro criterio no avala, como en los anteriores autores, la necesaria extranjería del filósofo, ya que es precisamente Aristóteles quien comenzó ligando la ciudadanía a la pertenencia a una comunidad política, después de considerar la ciudad como cosa natural y al hombre, por naturaleza, cívico. En cualquier caso,

2. Agamben, G., «Política del exilio» en *Archipiélago. Cuadernos de Crítica de la Cultura*, núm. 26-27, Barcelona, 1996.

3. *Ibidem*.

4. Jonas, H., *La religión gnóstica*, Madrid, Siruela, 1991.

5. Benn, G., *El yo moderno*, Valencia, Pre-Textos, 1999.

Agamben finaliza reivindicando el exilio, de la mano de los clásicos, como un concepto filosófico-político fundamental, que puede permitir replantear la política dominante en Occidente.

Desde otro lugar, Hans Jonas,<sup>4</sup> quien entiende el exilio como una de las metáforas más logradas del gnosticismo, para dar cuenta de la condición «extrañada» del hombre en el mundo, encuentra semejanzas de fondo entre este planteamiento gnóstico del hombre y el de algunas formulaciones de la filosofía moderna como las de Heidegger o Nietzsche, que inauguran el nihilismo del mundo contemporáneo y a las que habría que sumar a Baudelaire, ese creador del alma moderna y que en su poema «El albatros» ya asemeja al poeta con un albatros, exiliado como él en la tierra:

El poeta es igual a este señor del nubló  
que habita la tormenta y ríe al ballestero.  
Exiliado en la tierra, sufriendo el griterío,  
sus alas de gigante le impiden caminar.

La Modernidad que se inaugura en el siglo XVII ya subraya con Pascal y Descartes la soledad del hombre en el universo físico de la cosmología moderna. Posteriormente las propuestas físico-matemáticas de mediados del siglo XIX consolidarían una imagen del mundo extraña a toda aspiración hacia una posible identificación con lo que el Renacimiento denominaba como «alma del mundo». Gottfried Benn<sup>5</sup> señala dos fechas en este proceso: 1847, fecha en la que Helmholtz, al fundamentar mecánicamente el problema de la conservación de la energía, mostró el camino para la inteligibilidad del mundo como mecanismo; y 1859, con el nacimiento de la teoría darwiniana. Ha desaparecido el cosmos con cuyo *logos* inmanente el hombre pudo sentir afinidad. La naturaleza, como señala Zambrano, se ha convertido en materia, en sus propias palabras en «el nombre de la desilusión, el residuo real, el precipitado que dejaba el mundo al ser disuelto por la conciencia» y siguiendo con palabras de Baudelaire, cuya intuición profética no podía menos que sufrir en carne propia este proceso:

Desde ahora ya no eres ¡Oh viviente materia!  
Más que una mole pétrea rodeada de espanto.

Según Jonas, esta sensación de extrañeza del hombre en un cosmos indiferente, cuando no hostil, entendida como un acontecimiento catastrófico, es homologable al movimiento gnóstico desarrollado en los tres primeros siglos de la era cristiana y que parte del sentimiento de una desunión absoluta entre el hombre y el lugar al que se encuentra relegado, el mundo.

Si bien esta sensación de extrañeza es común en su fractura entre el hombre y la realidad total, el gnosticismo y el pensamiento nihilista contemporáneo difieren en un concepto fundamental para Zambrano

no: la esperanza. El mundo para el gnóstico es la obra de un demiurgo y, por tanto, de una fuerza poderosa y maligna que desconoce la luz, y procede de un espíritu de poder agresivo, cuya voluntad es gobernar y someter. El hombre gnóstico, al tomar conciencia de su total abandono, debe profundizar en él para encontrar el camino del verdadero conocimiento, el del Dios escondido, ese Dios que no guarda con el mundo una relación positiva, como sucede con la mayoría de las grandes religiones reveladas. El nihilismo cósmico del gnosticismo se sitúa, pues, en la esperanza de la trascendencia, una trayectoria metafísica que se encuentra ausente del nihilismo moderno, que debe recurrir a la inmanencia absoluta del hombre en el mundo, ya a través de la libertad, como en Sartre, o la voluntad como en Nietzsche o Heidegger.

Apreciamos ya, en esta necesariamente breve introducción, la importancia capital del concepto de exilio, que se despega de su sentido estrictamente político para abrirnos caminos en la comprensión de la naturaleza del hombre y su lugar en el mundo, especialmente, aunque no solo, en la época contemporánea. ¿En qué lugar se encuentra Zambrano respecto a las diferentes concepciones del exilio como extrañeza del hombre en el mundo que hemos considerado? No vamos a buscar semejanzas a priori, sino que vamos a intentar seguir su propio camino de pensamiento, a partir de un concepto y una metáfora desarrollados por Ortega y ligados estrechamente entre sí, el de indigencia y el de naufragio, que afectan directamente a la circunstancia, ese otro componente de la vida humana según la tesis de la razón vital.

No negamos con esto el hecho de que en su trayectoria filosófica, Zambrano encuentre diversos compañeros de viaje, tanto en la filosofía como en la literatura o en la vertiente mística de religiones diversas como el cristianismo, el sufismo o el mismo pensamiento gnóstico; pero siempre hemos defendido que la gran mayoría de sus formulaciones parten de iniciales categorías orteguianas, que ella conduce por un camino propio. El diálogo con Ortega será constante a lo largo de toda su trayectoria, pero de forma especial en la década de los cincuenta, cuando está consolidando su propio camino filosófico. Deja constancia de ello no solo la proliferación de citas a Ortega con las que está jalonado su libro capital, *El hombre y lo divino*, sino en las reflexiones de los numerosos manuscritos de la época, en los que ya está trabajando sobre los sueños y el tiempo. Encontramos en ellos frases como: «Hay que digerir la razón histórica» o «la ética es la falla suprema de la escuela de Ortega», e incluso uno de los títulos que manejó para un posible libro sobre ética fue: «Ética de la vida es sueño según la razón vital». Vamos pues a analizar el concepto de exilio en Zambrano, partiendo de categorías orteguianas que ella abisma hacia territorios en los que, según sus propias palabras, «Ortega no osaba entrar».

6. «Se trataría, pues, de hacer posible la experiencia del ser propio del hombre, el fluir de la experiencia, a que la experiencia, una vez abierta su posibilidad, fluye inagotable, como la unidad cada vez más íntima y lograda de vida y pensamiento.»

7. Zambrano, M., «Carta sobre el exilio» en *Cuadernos del Congreso para la Libertad de la Cultura*, núm. 49, París, 1961, págs. 65-70. Véase también *Notas de un método*, Madrid, Mondadori, 1989, pág. 11.

8. Zambrano, M., «Carta abierta a Alfonso Reyes sobre Goethe» en *Días de exilio. Correspondencia entre María Zambrano y Alfonso Reyes 1939-1959*, compilación, estudio preliminar y notas de A. Enríquez Perea, México, Colegio de México, Taurus, 2005, págs. 250-256.

9. «Hace ya años, en la guerra, sentí que no eran «nuevos principios o una reforma de la Razón», como Ortega había postulado en sus últimos cursos, lo que ha de salvarnos, sino algo que sea razón, pero más ancho, algo que se deslice también por los interiores, como una gota de aceite que apacigua y suaviza, una gota de felicidad. Razón poética... es lo que ando buscando», Zambrano, M., *Boletín Galego de Literatura. Estudios de Orientación Universitaria*, núm. 5, mayo, 1991.

10. Zambrano, M., «La aparición histórica del amor» en *Asonante*, núm. 2, Puerto Rico, abril-junio 1945, págs. 8-50.

También escogemos este camino porque la propia Zambrano siempre reaccionó negativamente ante la formulación de que su obra filosófica fuese producto de creencias religiosas o místicas previas. Nuestra tesis es que ella parte de un pensar de experiencia, que quiere rescatar como forma universal de conocimiento,<sup>6</sup> y donde sumerge las iniciales categorías de la razón vital, doctrina en la que comenzó su andadura filosófica, y en ese camino de inmersión va encontrando compañeros de viaje, más o menos afines.

No es hasta 1961, en su «Carta sobre el exilio»,<sup>7</sup> cuando Zambrano formula un concepto de exilio que tendrá un desarrollo capital en sus posteriores reflexiones para intentar desvelar «ese ser escondido a sí mismo, que es el hombre». Como es habitual en su, digamos, método, Zambrano parte de la experiencia concreta del exiliado en su relación con el mundo, que es dual –despierta admiración y desprecio; hostilidad, y adhesión–, para despertar a su vez el interés por una situación «en que se presentan como en un rito iniciático las pruebas de la condición humana». Esas pruebas que son, según Zambrano, parte consustancial de la vida y que, recurriendo a una canción infantil, llamará en diversas ocasiones «pagar prenda», la «prenda» que, en su «Carta abierta a Alfonso Reyes sobre Goethe»<sup>8</sup> de 1954, se sorprende de que Goethe no hubiese tenido que pagar, y que sí pagaron por ejemplo Hölderlin, Novalis, Nietzsche, Beethoven, Pascal y nuestro Miguel de Cervantes.

A continuación, de forma velada, desmonta nuestra tradicional idea del exiliado. No es aquel que se carga de razones, salida fácil de la ambigüedad en que se encuentra; sino el que se despoja de toda sinrazón e incluso de la razón misma, de los proyectos y de la voluntad. Aparece ya aquí esa vuelta de tuerca que anunciamos respecto a la propuesta de su maestro Ortega, para quien la vida humana es un proyecto guiado por la voluntad, es futurición, y de cuya razón histórica, elaborada en lo que se ha dado en llamar su «segunda navegación», ya se estaba separando Zambrano desde mediados de los años cuarenta, como podemos constatar en su carta a Rafael Dieste de 1944<sup>9</sup> y que también anunciaba en sus conferencias de esa misma fecha en Puerto Rico, concretamente en la titulada «Aparición histórica del amor»,<sup>10</sup> en la que ya dice literalmente: «Tal vez estemos en una época en la que el hombre por primera vez sienta todo, principios inclusive, de un modo histórico, es decir, una época sin principio ni inspiración, amenazador peligro del que sólo puede salvarnos una verdadera conciencia histórica». Ya en 1955, con la publicación de *El hombre y lo divino*, nos aclarará que «esa verdadera conciencia histórica» será aquella que tenga en cuenta los sueños y esperanzas del hombre. Seguirá como veremos buscando su propia concepción del hombre y de la historia, lo que no quiere decir que abandone el suelo orteguiano del que partió su iniciación filosófica.

Estamos en 1960, cuando Zambrano publica su primera reflexión sobre el exilio y nos encontramos en una época en la que la filósofa

ha releído toda la obra de Ortega, a raíz de los múltiples artículos que ha escrito con ocasión de su muerte en 1955, y sabemos que, después de la guerra civil española, ha estado pendiente de las publicaciones de su maestro, como lo demuestra su artículo de 1940 «Confesiones de una desterrada. Una voz que sale del silencio», en el que comenta su alegría por la aparición del texto de Ortega *Ensimismamiento y alteración*. Por otra parte, es también el momento en que está adentrándose ya en su nueva antropología, a raíz de sus reflexiones sobre los sueños y el tiempo, como lo prueban los múltiples inéditos al respecto.<sup>11</sup> La inclinación clara de Ortega en su «segunda navegación» por la circunstancia como la única clave objetiva para definir la vida humana y por el tiempo sucesivo inclinado al futuro, como el tiempo propio de la vida humana, choca ya de forma radical con esta primera aproximación a la idea de exilio de su discípula, lo que no quiere decir que Zambrano prescinda de sus categorías filosóficas básicas, que sigue y seguirá desarrollando.

11. Véanse a este respecto los Anexos y Notas de los libros *El sueño creador* y *Los sueños y el tiempo* en Zambrano, M., *Obras completas*, vol. III, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011.

¿Es que el exiliado al carecer de circunstancias o de proyecto ya no tiene vida? ¿No habría que preguntar más bien qué es lo originario, lo que queda de la vida humana cuando, por ejemplo, un judío se encuentra hacinado en un vagón de mercancías camino del crematorio? Como veremos, Zambrano radicaliza esta figura histórica acercándola a la del simple, a la del idiota, y al misterio que encierra su mera existencia, despojada de la razón que define lo que es un hombre.

Y es que para llegar a lo originario del hombre hay que quedarse desnudo y a la intemperie, «como alguien que está naciendo», sostenido por la vida y ofrecido a ella, en el punto más cercano a la inocencia, nos dirá Zambrano, en un lugar que, como seguirá diciendo en este mismo artículo, comparte con «el simple». Solo allí, en ese lugar de ofrenda, se le puede dar al hombre la palabra verdadera, la que nace despojada ya de toda pasión y de todo interés. El exiliado que sigue este camino se llega a convertir así más en una criatura de verdad que en un personaje de la historia. Y el exilio mismo en una condición básica de la vida humana.

Podría parecer que hay un momento de gnosticismo en el pensar de Zambrano en esa necesidad de desposeimiento del mundo y de las pasiones, como única forma de hacer visible «ese poco de luz que permite la humana historia»; pero a diferencia de los gnósticos, ella no puede prescindir de la historia, de la historia de España y de la de Europa; pero es una historia que quiere cambiar, que el hombre puede cambiar. Ella, en su libro *Persona y democracia*, clama por una historia no sacrificial, que no necesite un ídolo y una víctima, algo que ha sido una constante en la historia de Occidente, tal vez en la historia de cualquier civilización. Zambrano no cree en un demiurgo que dirija la historia, sino que para la filósofa la historia es la proyección de la vida del hombre en la tierra de modo que, para cambiarla, hay que cambiar al hombre, y uno de los caminos es la experiencia

12. Op. cit., pág. 67.

13. Levi-Montalcini, R., *Elogio de la imperfección*, Barcelona, Tusquets, 1984.

del exilio o más bien de lo que el exilio implica como símbolo del desposeimiento y de la ofrenda. Se trata de un a priori necesario para ese nuevo nacimiento que todo hombre, según Zambrano, necesita y que le permitirá enfrentarse a un horizonte puro, ya sin espejismos. Ella quiere intervenir en la historia desde ese lugar marginal –pero lleno de potencialidades– que le abre el exilio, y lo quiere hacer con la fuerza de una palabra de verdad:

Que la historia al fin, si tiene sentido, se ha de ir consumiendo y consumando en palabra de verdad, sacada, exprimida de todas sus razones y sinrazones.<sup>12</sup>

La historia necesita del exiliado porque al exiliado, al que se ha quedado sin nada, al que ya no tiene circunstancia, sino la del exilio, le correspondería descender a los infiernos de la historia, para rescatar de ella lo irrenunciable. Le corresponderá, en definitiva, ser memoria que rescata la palabra de verdad del pasado y así lo clarifica e impide su repetición, en este caso la repetición de todas las guerras civiles que han proporcionado su carácter trágico no solo a la Historia de España, sino a la de la mayoría de los países. Con matizaciones obvias, coincidiría con ese lugar que le concede Agamben como un concepto límite que puede hacer que se replantee la historia de Occidente; solo que ahora este concepto, más bien símbolo para Zambrano, se desplaza de la historia a la interioridad del Sujeto para, desde allí, volver a proyectarse en la historia.

Pero para comprender el proceso que lleva a Zambrano a esta consideración del exilio, como elemento clave en la comprensión del hombre, hay que comenzar por el principio, y en el principio se encuentra el concepto de indigencia, del que ya tempranamente Ortega parte en su reflexión para elaborar su tesis de la razón vital. La indigencia no es sino la constatación de que el hombre es un ser imperfecto, cuyo solo instinto no le procura acomodo en el ambiente en el que debe desarrollar su vida. Este concepto tiene una larga trayectoria, pero comienza a generalizarse en Occidente a partir de la crisis de la razón discursiva, a finales del siglo XIX. Por solo citar a algunos filósofos que subrayan este aspecto crucial del hombre, citaremos a Husserl, a Nietzsche, quien en su libro *La genealogía de la moral* califica al hombre como un «animal enfermo», y a Max Scheler, quien, en su libro *El puesto del hombre en el cosmos*, subraya todos los aspectos de su condición indigente. Desde la ciencia, Rita Levi Montalcini<sup>13</sup> se sumó recientemente a este cortejo para constatar que la probada evolución del cerebro humano y sus mutaciones a través de los siglos son fruto de su imperfección inicial, de su inadecuación al medio, algo que no sucede, por ejemplo, con los mosquitos, cuyo minúsculo cerebro se ha mantenido igual desde los inicios.

El hombre moderno ha intentado combatir esta indigencia –fundamentalmente desde que abandonó la idea de trascendencia– a través

de la acción en el mundo, y del poder que esta conlleva –libertad, dominio de la naturaleza, dominio sobre los otros–, encontrándose con la paradoja, como subraya Paul Ricoeur,<sup>14</sup> de que el aumento de dicho poder aumenta su propia fragilidad. La multiplicación del poder proveniente del desarrollo científico ha aumentado con la bomba atómica la fragilidad del planeta; la multiplicación de la información ha creado la propaganda a gran escala, y la multiplicación del conocimiento genético puede aumentar la fragilidad de la vida tal como la conocemos. Veremos cómo Zambrano busca una interpretación de la indigencia que nos aleje de este peligroso camino.

No es el caso de su maestro Ortega, quien, como hemos adelantado, parte también de la indigencia humana y la comprende en un primer momento en ese destino de la vida humana que es la libertad, inseparable de la acción y de la voluntad. El hombre no nace hecho sino que debe ir haciéndose, utilizando su libertad, y en ese camino se ve obligado a luchar y a equivocarse, razón por la que recurre a una metáfora, la del naufragio que, como muy bien ha recorrido Hans Blumenberg,<sup>15</sup> tiene una larga trayectoria desde Hesíodo hasta nuestros días, aunque en la época contemporánea haya perdido su inicial pregnancia como búsqueda de un lugar seguro para el hombre, ya en la tierra, ya en la filosofía o en la razón, frente a lo imprevisible e inestable del mar, símbolo a su vez del mundo y las pasiones. Ahora la situación de naufragio no tiene un «afuera» salvador, porque el naufragio es la situación inicial del hombre. Así Ortega define al hombre como «un náufrago entre las cosas». Posteriormente, ya en su «segunda navegación», a partir de la publicación de *Qué es Filosofía* y *La rebelión de las masas*, de 1929 y 1930 respectivamente, la libertad en Ortega ya es inseparable de la circunstancia o mundo. En un primer momento el mundo o circunstancia se le presenta al filósofo de forma positiva como una manera de eludir el asfixiante subjetivismo de la época; y así llega a decir: «Nos hemos librado de la reclusión hacia dentro, reclusión tenebrosa, sin luz del mundo y sin espacio donde holgar las alas del apetito y del deseo [...] salvémonos en el mundo, salvémonos en las cosas»;<sup>16</sup> aunque posteriormente la circunstancia presente ya una cara más negativa y Ortega recurra cada vez más a las metáforas del naufragio y de la prisión, en un tono no ya tan positivo: «la vida es en sí misma y siempre un naufragio», dirá ya en 1932 en «Pidiendo un Goethe desde dentro». Pero no solo el hombre es un náufrago en el mar de las circunstancias, sino que va encarcelado en la prisión de esa circunstancia, donde se incluye además la de la generación a que pertenece.

El hombre es pues para el Ortega de la «segunda navegación» el puro acontecimiento entre su «yo» y la circunstancia, lo que hace y lo que le pasa, es biografía y, en este sentido, futurición. La vida es quehacer, sin duda, dirá Ortega; pero es también un drama entre el hombre que adelanta sus proyectos desde su libertad y la circunstan-

14. Ricoeur, P., *L'unique et le singulier*, Liège, Alice, 2000.

15. Blumenberg, H., *Naufragio con espectador*, Madrid, Visor, 1995.

16. Ortega y Gasset, J., *¿Qué es filosofía?* en *Obras completas*, vol. VII, Madrid, Alianza, 1983.

17. Ortega y Gasset, J., «Idea del teatro» en *Obras completas*, vol. VII, ed. cit., pág. 468.

18. Zambrano, M., *Cartas de La Pièce. Correspondencia con Agustín Andreu*, Valencia, Pre-Textos, 2002, pág. 183.

19. Zambrano, M., «Realismo y realidad» en *Condados de Niebla*, Huelva, 2002, pág. 81.

20. Zambrano, M., *Notas de un método*, Madrid, Mondadori, 1989, pág. 20.

cia que se los facilita o se los niega; y la vida es, en este sentido «prisión en la realidad circunstancial».<sup>17</sup> De ahí que el hombre sea un náufrago en el agitado mar de las circunstancias y su braceo para salvarse, las elaboraciones imaginarias que constituyen la cultura, a modo de balsas en el tenebroso mar.

Sin embargo, para Zambrano la indigencia humana no depende exclusivamente de lo aleatorio de la libertad, ni de que la circunstancia sea a veces hostil, ni de la incertidumbre acerca del acierto o desacierto de su acción. De esta manera se lo comunica de forma dramática en carta a Agustín Andreu:

El circunstancial de ablativo es vertedero donde todo va a parar y lo vi en el *cultivo* de las circunstancias, según mi maestro, que en ello no reparó porque hubiera tenido que adentrarse por el pronto en la consideración del Sujeto ¡ese Yo! Y entonces se le hubiese presentado que el Yo-Sujeto, pide conjugación y la ofrece.<sup>18</sup>

Y adentrándose en ese «yo», Zambrano certifica que su indigencia es más ontológica, su situación de naufragio tiene raíces más hondas que su braceo con las circunstancias, y no puede ser comprendida sin tener en cuenta la interioridad del Sujeto y la pasividad que básicamente lo constituye. La realidad para Zambrano no es solo aquella que se conforma en hechos y en una historia articulada en figuras –circunstancias–, sino aquella innominada, la no identificada todavía, a veces amenazadora en la que el Sujeto viviente ha de sostenerse como en el mar. El lugar de la realidad, dice Zambrano, «es ante todo para el hombre –para el pobre hombre obligado a vivir– el lugar de la perdición».<sup>19</sup> Si al hombre no le basta con vivir, entendiendo el vivir como el dejarse ir por la corriente del tiempo, es porque lo más inmediato, que es su propia vida, le es inaccesible y, a diferencia de la planta o el animal, necesita conocerse; pero este conocerse no puede ser solo racional porque ancla sus raíces en esa pasividad que nos constituye y que se manifiesta en «saberes del alma» como la esperanza, la avidez, el amor, la pasión en suma de querer siempre un «más allá» de lo que tiene.

De ahí la definición tantas veces repetida por Zambrano de que «el hombre es el ser que padece su propia trascendencia», una trascendencia que ancla sus raíces en ese exigir, dirigirse hacia, buscar ese «más» del que carece y que certifica su indigencia.

El verdadero naufragio del Sujeto no se produce pues para Zambrano en el proceloso mar de las circunstancias; sino en el hecho de que su ser –su propia realidad– se le oculta a sí mismo, en sus propias palabras: «mas por nuestra parte se nos aparece que el Sujeto del naufragio es el estar sumergido el sujeto».<sup>20</sup> Y este ocultamiento, en muchas ocasiones es desconocido por el mismo Sujeto, pero se le evidencia en ciertas situaciones personales límite: en la angustia y en el amor; y en esa situación histórica de desposeimiento que es

el exilio. En vez de eludir dichas situaciones o envolverlas en razones, el hombre debe optar por la profundización en los sentimientos que las sostienen y entre los que brilla, con luz propia, la esperanza. El hombre no es solo un ser indigente, sino un ser que no puede eludir el fracaso que es toda vida, por la sencilla razón de que siempre quiere más de lo que puede tener. Su esperanza proviene del oscuro sentir de haber perdido un lugar originario, un lugar donde habitaban el bien y la belleza y por ello su esperanza es tan ilimitada que Zambrano llega a definir al hombre como «el ser que aspira a la posesión del Universo». Por esa razón «el errar y el padecer» parecen ser su primera situación cuando se siente a sí mismo.<sup>21</sup>

Si para Ortega la cultura eran «balsas» que el hombre construye para salvarse en el naufragio de su circunstancia, mediante su capacidad imaginativa y razonadora, para Zambrano son la esperanza y la memoria del origen, que revelan un nacimiento incompleto en una realidad inadecuada –y nuestra primera realidad es el tiempo–, las que se encuentran en el fondo de toda cultura y certifican la indigencia humana.

Y es el símbolo del exilio precisamente el que pone al descubierto –más aún que la angustia, más aún que el amor– esa realidad de nuestro ser indigente y por tanto es, en palabras de Zambrano, una «dimensión esencial de la vida humana».<sup>22</sup> Al desaparecer el mundo, la circunstancia, al exiliado solo le queda el horizonte y el horizonte es la condición de visibilidad de aquel orden visible que confina con lo invisible. El camino que tiene que recorrer el exiliado es la vía para que el hombre reconozca su verdadera naturaleza y, a partir de ese reconocimiento, encuentre una salida en una palabra de verdad que surja del corazón.

Sí, del corazón, porque el símbolo del corazón, que según muchas tradiciones orientales es una forma de visión, se asemeja en muchas de sus derivaciones simbólicas al símbolo del exilio, como tan acertadamente ha mostrado Goretta Ramírez.<sup>23</sup> Centrándose en las derivaciones espaciales, Goretta comprueba que tanto el lugar del exilio como el lugar del corazón son lugares a la vez íntimos y tan extensos que rozan la infinitud. El corazón es un desierto, al igual que el exilio; pero, lo que es más importante, ambos comparten el ser un lugar de revelación.

Esta concepción del papel axial del símbolo del exilio para penetrar en la oscuridad de la naturaleza humana tendrá un largo recorrido en las últimas obras de Zambrano, a partir de su elaboración del artículo «El idiota» y de su libro tardío *Los bienaventurados*.<sup>24</sup>

Ya en el artículo que comentamos inicialmente, «Carta sobre el exilio», publicado en junio de 1961, Zambrano recurre a la figura de «El idiota», cuya escritura debió compartir fecha con dicho artículo, ya que fue publicado por vez primera en enero de 1962. El idiota es

21. «Errar y padecer parece ser la situación primera en que la criatura se encuentra cuando se siente a sí misma», *El hombre y lo divino* en *Obras completas*, vol. III, ed. cit.

22. Zambrano, M., «Amo mi exilio» en *Obras completas*, vol. VI, ed. cit.

23. Ramírez, G., «Andar, escuchar, olvidarse» en *Pensamiento y palabra*, Junta de Castilla y León, Alianza, 2005.

24. Zambrano, M., *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1990.

25. Zambrano, M., «El idiota» en *España, sueño y verdad*, Barcelona, Edhasa, 1965.

una de las primeras figuras simbólicas con las que Zambrano prolonga el inicial símbolo del exilio hacia otras proyecciones concretas, capaces de hacer visible ese «hombre originario» que busca Zambrano como fundamento de toda humanidad y que se opone al personaje «cargado de razones» que todos elaboramos, mediante nuestra voluntad y nuestra acción, para llevar adelante nuestra vida: los tatuajes y los vestidos con los que nos queremos proteger de la realidad que nos avasalla.

El idiota que Zambrano encuentra representado en *El niño de Vallecas*, de Velázquez, evidencia para la filósofa aquella desnudez que nos constituye, que no es razón, sino un corazón inocente, que no tiene circunstancia, ni tan siquiera palabra, tan cerca del bienaventurado, tal vez depositario de una palabra diáfana que, sin embargo, puede no llegar nunca a pronunciar. ¿Por qué Zambrano se detiene en este personaje? Es que, para ella, el idiota es el símbolo de la extrañidad o extranjería máxima, pues lo es de todos los hombres, y por ello tal vez nos pueda alumbrar sobre nuestra condición última de seres extrañados:

Y lo extraño es que la extranjería o extrañidad en que el simple se encuentra radicado, como en la invisible patria que arrastra consigo, no despierte en los demás –verdaderos residentes y aun ciudadanos–, extrañeza alguna acerca de sí mismos.<sup>25</sup>

Apreciamos ahora otra vuelta de tuerca sobre el concepto de enmismamiento que tardíamente elabora Ortega. No es suficiente el quedarse a solas consigo mismo para elaborar nuevas ideas sobre la circunstancia que nos rodea, sino para, despojados de las circunstancias que nos ocupan y distraen, desnudándonos de nuestro personaje, posibilitar un tipo de conocimiento experiencial que nos revele el verdadero fundamento de nuestro ser y su ligazón originaria con el universo. ¿Y quién más despojado que el idiota?

Independientemente de la traducción que realiza Agamben de las palabras de Aristóteles, lo que está fuera de duda es que el filósofo ya vio la extraña unión entre esos dos extremos de la vida del hombre, exiliados ambos de la ciudadanía –menos que un hombre y más que un hombre– que Zambrano ejemplifica en el idiota y el bienaventurado, ambos exiliados del mundo y su circunstancia.

Sabemos que, desde los años sesenta, Zambrano está trabajando en un libro sobre el exilio que sin embargo no verá la luz parcialmente hasta 1990, bajo el nombre de *Los bienaventurados*. En este libro, ya de forma clara Zambrano reivindica un saber de revelación que es, como no podía ser menos, un saber de experiencia y no de razón; y es la situación del exilio, el camino, más que el método, para ir al encuentro de este saber de experiencia. Saber que se configura para Zambrano como la única vía que nos puede salvar de la deificación de la historia acaecida en los últimos siglos de la cultura occidental

y que ha provocado un primer exilio, anterior al provocado por la historia: el exilio del hombre del universo, de la situación inicial de «criaturas», que todos compartimos. Pero es el exilio concreto de la historia, aquel que reduce al hombre a no ser nadie, ni siquiera un mendigo, el que puede hacer salir a la luz ese desconocido que todos los hombres llevamos dentro y que nos habla de que somos hijos del universo. Pero para ello es imprescindible la experiencia del desamparo, porque sin dicha experiencia no se le hace presente al hombre la inmensidad, cuyo símbolo es el desierto que, según Zambrano, hay que encerrar en la interioridad del Sujeto para no perderse en él, y no desoír la voz del sentir originario que nos constituye y que se conforma como la verdadera patria del hombre. Quienes oyen este sentir originario son los bienaventurados, aquellos que han logrado la identidad entre ser y vida.

Como no puede ser menos en quien desarrolla un conocimiento de experiencia, María Zambrano no se limita a un desarrollo simbólico exhaustivo de este símbolo, sino que en su largo peregrinaje del exilio encuentra amigos y compañeros, en los que ella ve ejemplificada la figura del bienaventurado: José Lezama Lima, José Herrera Petere, Miguel Hernández y León Felipe, entre otros.<sup>26</sup> De entre todos ellos, seleccionamos por su hondura, y por ser una de las primeras semblanzas, la de Miguel Hernández:

Y el hambre, claro, iba más honda; de lo más hondo venía esa hambre. Amor sin apenas esperanza. Esa esperanza que el hambre milenaria acalla para dejar paso al amor que la nutre y despierta en calma. Y así tenía figura de esposo. De aquel que ha ido siempre hacia la boda como forma de la unión.

Era de esos bienaventurados que tienen hambre sin avidez, que aman sin afán de posesión, dispuesto a unirse, únicamente.

26. A partir de 1977 son frecuentes los escritos de Zambrano rememorando la figura de amigos recientemente fallecidos. Entre ellos, solo unos pocos serán tocados en la frente con el apelativo de «bienaventurados».